

Argentina en Venecia 2019 o el arte de no decir

Este año, a los argentinos nos toca ser representados en la 58ª edición de la Bienal de Arte de Venecia por *El nombre de un país*, una instalación de Mariana Telleria (1979), artista santafesina que representa la galería de arte de Orly Benzacar. El proyecto fue seleccionado en un concurso abierto entre otras 68 propuestas, por un jurado integrado por el director del Museo Nacional de Bellas Artes Andrés Duprat, la doctora Laura Malosetti Costa de la Academia Nacional Bellas Artes, el artista visual Jorge Macchi y el Consejo Asesor Ad Honorem de la Dirección de Asuntos Culturales, formado por Teresa Anchorena, Eleonora Jaureguiberry, Adriana Rosenberg, Mauro Herlitzka y Esteban Tedesco. La curaduría estuvo a cargo de Florencia Battiti, crítica de arte y coordinadora general del Parque de la Memoria de Buenos Aires.



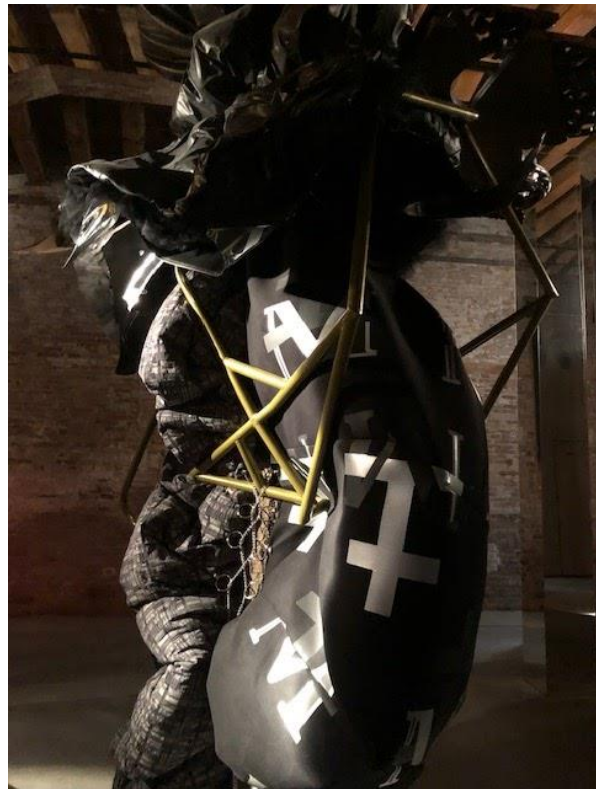
Es de celebrar el intento oficial de mejorar el proceso de selección de proyectos, artistas y obras que representen al país en eventos internacionales de arte. Los logros formales no son pocos, aunque sería deseable que este impulso se transforme en prácticas democráticas y federales sustantivas, para romper con la persistente endogamia y centralismo que se observa en dichos procesos.

En la concreción de su proyecto, Telleria apela al desguace, el ensamblado y la acumulación. Utiliza materiales desechados, tales como piezas de automóviles, tejidos, partes de muebles y marcos de cuadros, ensamblados en siete troncos de árbol que sirven de soporte. Las figuras están alineadas a

lo largo del espacio rectangular del pabellón. La iluminación dirigida y el entorno en penumbras suma dramatismo a la puesta, para constituir una especie de “escenografía para una ópera punk” como lo destaca acertadamente Matilde Sánchez¹. La arquitectura del pabellón argentino no es sencilla desde el punto de vista expositivo. Para lograr la intensa penumbra las amplias entradas y los siete ventanales vidriados que dan al exterior fueron velados y las columnas interiores inteligentemente cubiertas con espejos que reproducen y amplifican la obra aumentando su barroquismo y que permiten disminuir la obstaculización visual de quien observa. La penumbra, la acumulación de los objetos que visten los siete pilares y las formas de estos contribuyen a generar una atmósfera gótica.

Es de destacar la meticulosa factura del trabajo de Telleria, que hubiese podido elegir la “objetividad sucia y de cirujero”², pero que opta por el cuidado de todos detalles en una obra compleja, tanto en su forma, como en los materiales que utiliza. Aun así, este énfasis en el detalle genera cierta atmósfera de “distopía ordenada”, lo cual resulta conceptualmente contradictorio y disminuye el posible efecto o impacto que la obra podría comunicar.

El título del proyecto de Telleria, *El nombre de un país*, merece una consideración especial. En primera instancia, resulta sugerente y pertinente para una obra que, de un modo u otro, nos representa o debería representarnos como país, cultura y/o sociedad, sobre todo por ser financiado con recursos estatales. Sin embargo, cuando se lo pone en relación con la obra, su lectura e interpretación resultan, al menos, confusas y no contribuye a aportar sentido a la misma.



¹ Diario Clarín, 8 de mayo de 2019.

² Florencia Battiti, texto curatorial afiche-catálogo de la muestra.

Podemos acordar que una obra de arte visual no necesita ser explicada o traducida en palabras. La experiencia estética excede al lenguaje oral o escrito, aunque, cuando éste se utiliza, es deseable encontrar algún puente de conexión con lo representado visualmente.

El esfuerzo de la curadora por justificar el nombre resulta encomiable y vale la pena la lectura de sus argumentos en el afiche que sirve de catálogo. Pero su intento es excesivo y cae en contradicciones. Su texto curatorial lleva por título “Contra el vicio interpretativo”, una frase tomada de una declaración de la propia artista que manifiesta: “Ojalá la especie humana se dejara caer ante el misterio que las formas proponen sin aprender nada” y agrega, “pero no, se opta por una resistencia obstinada a la incomprensión. El vicio interpretativo implica la auto-comprensión y yo no quiero saber nada de mí misma, ni mucho menos del mundo”³. Según ella, la vida, pensar, actuar y hacer le suceden. Como le han sucedido, por ejemplo, ser representada por la Galería Benzacar o presentar un proyecto para la Bienal de Arte de Venecia y ser seleccionada. Mucha buena suerte para tanta espontaneidad azarosa.



En numerosas entrevistas periodísticas Telleria manifiesta su poca predisposición a expresarse a través de las palabras. ¿Para qué esforzarse, entonces, por interpretar el acto de nombrar una obra cuando la misma artista se muestra reticente a la precisión e interpretación, bien sea por

³ En Florencia Battiti, texto curatorial.

parquedad, desgano o simplemente por postura? Quizás esta resistencia se deba a su alineamiento con lo que se da en llamar, de modo contradictorio, conceptualismo sensible.

Lo concreto es que *El nombre de un país*, que denomina el envío argentino a Venecia, es el mismo que la artista utilizó en otra exposición suya en 2009 en la Galería Alberto Sendrós de la ciudad de Buenos Aires. En consecuencia, alude más a su obra anterior que a la del país que la seleccionó para representarlo y que, en palabras de la artista, no es una metáfora de Argentina ni de su situación actual⁴. Esta autorreferencialidad se manifiesta, asimismo, en la incorporación de las letras iniciales de su nombre reiteradas en las obras, que operan como firmas de autoría.

Resulta innecesario abundar sobre el tema, que no deja de ser recurrente. Recordemos los ingentes esfuerzos realizados por Claudia Fontes y Andrés Duprat para justificar el nombre y el concepto de *El problema del caballo*, el envío argentino a la Bienal de 2017.

De todos modos, sería deseable que al momento de nombrar un trabajo artístico se intente utilizar términos que sirvan de soporte para aportar sentido a la obra, la cual, de no ser así, puede dejarnos perplejos.

Si nos ubicamos en el campo de la libre interpretación, este arte de decir y no decir, de nombrar para no nombrar, de no aportar claridad a los significados, podría ser interpretado como una representación de un rasgo persistente del modo de ser argentino.

En una segunda o tercera mirada el sentido de la obra surge de la combinación del conjunto de elementos que la componen y de la puesta, que colaboran en la generación de un ambiente opresivo y agobiante. Quizás ese sea el punto donde podemos encontrar el vínculo entre el proyecto artístico de Telleria y el país que le concedió la oportunidad de exhibir su obra en el espacio que tiene asignado en el Arsenal de Venecia.

Aunque las comparaciones pueden resultar odiosas, sirven también para analizar y valorar una obra, con todas las dificultades y relatividad que eso implica. El pabellón argentino se comunica con el espacio del Vaticano, que en 2017 fue alquilado por México y en esta edición por Arabia Saudita. Pasar la puerta que comunica a ambos, para encontrarse con la obra *After Illusion* de Zahrah Al-Ghamdi y el mundo poético que construye esta artista constituye una experiencia sensible digna de ser vivida. La recomiendo.

⁴ Entrevista de Susana Reinoso, Diario Clarín, Cultura, 27 de noviembre de 2018.

En suma, el envío argentino se destaca por su producción, aunque no por ser novedoso, innovador o provocador. La espectacularidad escenográfica de la obra genera distanciamiento y no alcanza a provocar emoción. Aun así, no nos deja mal parados en comparación con lo que ofrecen otros pabellones y artistas en una Bienal de Arte que no se distingue, que no sorprende y mucho menos que deslumbra.

Carlos Lista

Venecia, 12 de julio de 2019